

El Motín

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

N.º XVIII. MADRID 18 JUNIO 1898. N.º 25

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

CASTELAR

Blasco Ibañez ha hablado con él, lo ha encontrado bien de salud, y, entre otras cosas, le ha oído decir lo siguiente:

—«¿Y piensa volver pronto á la vida activa de la política? ¿Hablará usted en las Cortes?»

—No. Si nuevas circunstancias no me imponen imperiosamente el deber de mezclarme en los asuntos públicos, permaneceré retirado y dedicado en absoluto á la literatura y al arte, las dos pasiones de mi vida. Ya ha visto usted lo que han dicho mis electores de Huesca: casi me han desautorizado á consecuencia de ese artículo mío que tanto ruido ha movido. No renunciaré mi acta, porque yo no reconozco ni reconoceré nunca un procedimiento tan anárquico como es el mandato imperativo; pero tampoco me sentaré en el Congreso como no lo exijan los supremos intereses de la Patria. Me asombra mucho esa extrañeza que han mostrado todos los monárquicos ante mi artículo de la *Petite Revue*, tan ruidosamente comentado.

Esas gentes manifiestan inmensa extrañeza ante el hecho de que yo pueda decir á los reyes verdades más ó menos amargas. No parece sino que yo haya dejado alguna vez de ser republicano. Jamás he ocultado mi republicanismo ni he sido infiel á los ideales de toda mi vida. Cuando disolví el partido posibilista para retirarme de la política, lo dije bien claramente. Aun recuerdo las palabras que pronuncié en el Congreso: «Soy, he sido y seré siempre republicano; y el que creyera lo contrario me ofende y me humilla». ¿A qué, pues, el extrañarse tanto de que un viejo republicano haya podido censurar las pérdidas insinuaciones cortesanas que arrastran á una soberana constitucional á mezclar influencias extrañas en los asuntos de la Patria, inmiscuyendo en éstos al Papa? Lo he dicho desde hace muchos años en mis crónicas políticas, cuando veía á nuestros gobernantes esforzarse buscando alianzas con las potencias. Aseguré que no las lograrían, y así ha sido. La Regencia sólo ha encontrado la mediación del Papa, que seguramente nos será fatal.

—Dicen muchos que León XIII siente simpatías por los filibusteros.

—Yo no digo que sea filibustero—dijo Castelar sonriendo.—Lo que sí afirmo es que el Papa no es amigo de España. Ya sabe usted lo que significa en París el *Journal des Debats*; es el periódico del *quai d'Orsay*, como quien dice el órgano del Ministerio de Negocios Extranjeros. Pues bien: en ese periódico he leído, sin que nadie lo haya desmentido después, que León XIII, por mediación del embajador de Francia en los Estados Unidos, ha presentado á Mac-Kinley las siguientes condiciones para ajustar la paz con España:

Declaración de la independencia de Cuba.

Cesión de Puerto Rico á los yanquis y conservación de Filipinas en depósito hasta que España satisfaga á los Estados Unidos la indemnización de guerra.

—Y esa indemnización, caso de llegar á exigirse, para desgracia nuestra, será enorme, ¿no es verdad, don Emilio?

—Enormísima. Hace pocos días decía la prensa americana que su gobierno llevaba gastados mil quinientos millones de peseta en la guerra: y aun están al principio... La situación es triste para nosotros y

el horizonte es lóbrego. Por mar, nuestra inferioridad resulta manifiesta. Mi única esperanza se cifra en que los yanquis tendrán que combatirnos por tierra desembarcando en Cuba. En esta lucha seríamos los más fuertes, pues es indiscutible la gran superioridad de nuestro valeroso y disciplinado Ejército sobre los mercenarios americanos. ¡Ojalá los combates sean pronto en tierra y grandes victorias vengán á levantar el espíritu del país!

—¿Y de Filipinas? ¿Qué opina usted de los frailes?

—En el régimen y progreso de las colonias han cometido un grave descuido todos los gobernantes españoles, incluso nosotros, los que estuvimos al frente de la República. Sólo nos hemos preocupado de las Antillas, concediendo á Cuba y Puerto Rico derechos tal vez excesivos, pues han gozado allí de libertad y reformas que no hemos tenido en la Península. Aquella gente se ha quejado de vicio. En cambio nadie se ha acordado de Filipinas, y aquel Archipiélago ha vivido durante tres siglos inmóvil y alejado de todo progreso. Yo no creo como usted en la expulsión radical de las órdenes religiosas de Filipinas. Pero sí creo que lenta y suavemente se debió quitar á los frailes todos los privilegios políticos que se han abrogado en aquellas islas; debió, como vulgarmente se dice, recortárseles poco á poco las alas, segarles la hierba bajo los pies, hasta dejarlos reducidos al cumplimiento de su misión religiosa, sin permitirles intrusiones en el orden político. Pero ¡ay! hoy es tarde para todo y no hay que pensar en expulsiones ni en reformas. Debemos pedir que Dios nos saque de esta situación lo mejor posible.

—¿Y no cree usted llegado el momento de intervenir en los asuntos públicos? La nación tiene en usted fijos los ojos; los republicanos que más le han combatido le saludan como esperanza de salvación, y usted ha dicho siempre que cuando la patria le necesitase acudiría á su llamamiento.

—Y acudiré tan pronto como reclame mis servicios. Pero ¡ay! tal tal vez se forjan ilusiones los que me distinguen profesándome tanto afecto. Soy viejo, y los viejos servimos para poco. Yo digo como Carlos V, cuando después de una vida de victorias se veía en Innsprük enfermo y acorralado por sus enemigos: «Como la Fortuna es moza y es bella, no gusta de abrazar á los viejos». Fíjese usted en la vejez de los primeros hombres de Europa. Mi amigo Gladstone, que ha conservado hasta los 80 años íntegras y brillantes sus facultades mentales, estaba sin embargo retirado desde los sesenta, y en esta última época de su vida no tuvo más que fracasos y derrotas, viéndose abandonado hasta de sus más fieles amigos. Bismark, que sintiéndose orgulloso de la unidad alemana, que era su obra, no quería retirarse de la política, ha sido retirado rudamente y con escasas consideraciones por ese joven que ciñe la corona de Alemania. Hay que desengañarse: la vejez sólo sirve para descansar.

—¿Pero y Thiers?—le dije.—Era tan viejo ó más que usted en 1870, y sin embargo, acudió al llamamiento de su patria desgraciada y vencida, restauró en Francia la República.

—Son diferentes las circunstancias—contestó Castelar sonriendo.—Amor á mi Patria lo tengo tanto ó más que Thiers tenía á la suya, y si me viera en iguales circunstancias haría lo mismo que hizo él. Pero no veo las ventajas que reportaría á España y al ideal republicano que yo volviera en este momento á la vida política. Si levantara bandera, inmediatamente me atraería la animosidad de los jefes republicanos que verían en mí un rival que iba á robarles la dama, y los que no son republicanos me calumniarían, diciendo que quería explotar las desdichas de la Patria únicamente por ocupar de nuevo como un ambicioso vulgar la primera magistratura de la nación.

—Pero usted, don Emilio, es superior á todas esas calumnias. Usted no debe hacer caso de ellas.

—Y no lo hago. He arrostrado tales tempestades de animosidad hostil, que estoy bien curtido y me considero invulnerable. Ya ha visto usted estos días con motivo de mi artículo, qué insultos se me han dirigido hasta en el mismo Parlamento; pues he levantado mi corazón y no han causado en él mella alguna. Yo soy como Thiers, que decía en su vejez: «Me siento igual á esos árboles seculares que continúan en pie fuertes é insensibles después que han caído sobre ellos el rayo, las lluvias y el granizo...» Lo único que me apena y me hace perder la serenidad

de ánimo son las desdichas de mi Patria. Lo que ocurre es superior á los cálculos humanos; ha sido tan inesperado, que hace imposible el leer en el porvenir. Me preguntaba usted antes cuál es mi opinión sobre el modo cómo terminará este conflicto, y confieso que no lo sé. Es un conjunto tal de hechos extraños, de circunstancias contradictorias, que hace imposible toda profecía. ¡Quién había de pensar que la democracia americana, la nación de Washington, el héroe de la libertad, y de Lincoln, el mártir que murió por emancipar una raza, había de portarse con España arbitraria y cruelmente, como un potencia despótica, atropellando todos nuestros derechos! En el presente conflicto lo único que resalta es la infamia de los yanquis, su menosprecio de la libertad y el derecho ajenos, su voracidad brutal, su adoración á la ley del más fuerte, que les hace semejantes á un inmenso tiburón tendido de Oriente á Occidente y que con sus desmesuradas fauces quiere tragarse todo lo que es nuestro. ¡Y las demás naciones quietas, contemplando impasibles tan irritante espectáculo! Parece imposible que la Providencia histórica consienta tales injusticias. El siglo XVIII vió sin protesta el reparto de la desdichada Polonia. ¡Quiera Dios que en el siglo XIX no se repita otro despojo infame ayudado por la complicidad silenciosa de los demás pueblos!

—Y cuando tan triste es el porvenir, ¿no cree usted llegado el momento de volver á la esfera de la política, donde la nación reclama su presencia?

—Me asusta el porvenir. ¡Cuán difícil y dolorosa es la misión de gobernar en estos tiempos! Los gobernantes tendrán un mar de proa y han de arrostrar toda clase riesgos.

—Pero ¿y si el país solicitara de una manera clara é indiscutible el concurso de usted?

—Acudiría al llamamiento; pero únicamente como puede acudir un viejo republicano, gobernando con el régimen de la República. ¡Pero cuán difícil sería la situación! Es triste que en España sea la República una solución en los momentos angustiosos, cuando la nación está cansada y los gobiernos carecen de medios para subsistir. Es lo que ocurrió en 1873. Después de caer aquella República, Thiers me lo decía: «Vuestro pecado fué llegar al poder demasiado tarde.» En estos momentos sólo puedo decir que tengo fe en que España saldrá adelante de entre tantas desgracias, y que yo, dispuesto siempre á servir á mi Patria, soy y seré fiel al ideal republicano.

Como se ve, Castelar ha hablado como hombre de Estado, no como jefe de fracción; como patriota, no como sectario. Esperemos de él lo que los demás no pueden darnos.

EL PASADO CONTRA EL PRESENTE

Los periódicos federales (no todos) arrecian en sus ataques á Castelar, apelando al socorrido y casi siempre inocente sistema de resucitar el pasado.

Tienen razón en cuanto dicen contra Castelar; no discuto esto. Cuanto se ha dicho de todos los políticos republicanos es cierto; y lo de Castelar como lo de todos. Yo he sido uno de los que más han dicho, y me afirmo y ratifico en cuanto he dicho.

Pero ya que á eso se apela, y por el pasado se deduce lo que los republicanos pueden hacer en el porvenir, ahí va lo que *La República*, órgano de don Nicolás Salmerón, dijo de Pi en 1873.

EL PRIMER FRANCO

«Se insubordina un batallón de cazadores, asesinando á su jefe, y se consigue que tan espantoso crimen contra la disciplina quede impune; se insurrecciona Málaga, asesinando á su alcalde, y se contemporiza con los asesinos, lográndose que el crimen quede sin castigo; se declara Salvóchea tirano de Cádiz, y no hay quien le destituya y le acuse de este crimen de lesa nación; los internacionalistas de Sanlúcar siembran el terror entre sus conciudadanos, y no se toma providencia ninguna contra este crimen de lesa sociedad; los voluntarios de San Fernando pretenden apoderarse de las armas de la marinería, y nada se acuerda para evitar este crimen contra la seguridad pública; Sevilla, la inofensiva Sevilla, se

solivianta y amotina, promoviendo un inmenso conflicto, y se halla muy cómodo no proveer á las necesidades del orden público, dejando sin correctivo tamaño escándalo; se insubordinan, se dispersan, se sublevan, se desertan, vuelven la espalda al enemigo, se burlan de los oficiales los soldados de la República, y no se quiere que los caudillos echen mano de la ordenanza para reprimir estos inauditos hechos; los francos, los mismos francos, esas miserables gavillas de mercenarios sin coraje y sin dignidad, hijos espúreos de una sociedad podrida, intentan entrar á saco y destruir los intereses cuya defensa les fuera confiada, y no se ha hecho un ejemplar escarmiento.

Así, de derrota en derrota, de impunidad en impunidad, de miseria en miseria, de desgracia en desgracia, hemos llegado á la triste situación de que, mientras en el Mediodía se incendian las ciudades, y se asesina á los republicanos, y se declaran independientes las provincias, y se subleva la escuadra; y mientras en el Norte y Nordeste se rinden las plazas fuertes, y los defensores de la República arrojan las armas, y se organizan con entera confianza las huestes del absolutismo, un republicano en el Parlamento parece hacer causa común con los presidarios; un ministro desatentado dice sin empacho que no hará armas contra las hienas de Alcoy, que á tanto montan las declaraciones del ateo y fanático Suñer: y, por último, el presidente del poder ejecutivo, el socialista Pi, el primer franco de la República, se presenta ante un Parlamento, ante una reunión de hombres á quienes debía suponer hombres sensatos, humanos, liberales, ó por lo menos hombres serios, y se permite la incalificable audacia de asegurar que tiene tranquila la conciencia.

No; eso no puede ser, ciudadano presidente del poder ejecutivo. La sangre del coronel Martínez Lagozera te ahoga; la sangre de Cabrinety te tiñe las manos; la sangre de Moreno Micó empaña tus cabellos; la sangre de Albors va delante de ti, que caminas sediento de paz, como aquel lago ficticio y fantástico tras el que caminaban anhelantes los soldados de Napoleón por los arenales africanos.

Nosotros creíamos que un socialista era un filósofo que, no hallando conformes al bien y al progreso de la humanidad las antiguas convenciones morales de los individuos entre sí, ni las relaciones establecidas por las leyes entre la sociedad y el individuo, pretende encontrar nuevas fórmulas dentro de la ley y por la ley misma, que, derrocando los privilegios históricos y alzando un templo á la justicia, tiendan á la nivelación de los derechos y de los deberes individuales, y á que cada uno concurre en la medida de sus fuerzas á la hermosa obra del bienestar general y de la fraternidad universal.

Pero nosotros no pudimos presumir nunca que existiera en el mundo un socialista ilustrado que pretendiese llegar á la realización de su ideal por el exterminio, ni que existiera una sociedad tan insensata que para mejorarse estimara legítimos medios el asesinato, el incendio y la destrucción.

Nada nos sorprende ya, y nada nos admira después de lo que hemos visto y oído. Creemos que el cuerpo político está muerto, en descomposición, y aun ha de procurarse dar calor á la heremacausia social, esto es, á la disgregación y podredumbre del hermoso árbol de la libertad y de la patria.

Creemos que el ciudadano Pi permanecerá aún tranquilo emborrachándose con su vanidad, como el insensato piloto que, rotos por el huracán las jarcias y los mástiles de su nave, sin timón ni brújula, se encierra cobarde en su camarote para emborracharse con alcohol, ó como el capitán que, perdida por su impericia y debilidad la batalla, cree que el desastre fué debido á que sus confiados soldados supieron morir heroicamente, sin secundar sus torpes intenciones.

Pero también esperamos que ha de verificarse dentro del genuino partido republicano federal y en todos los demócratas españoles una reacción saludable, enérgica, salvadora, necesaria, para limpiar de francos la patria, y que, armando y reorganizando el ejército y las reservas, salve los restos de esta sociedad desquiciada y aune en una sola aspiración á todos los liberales y demócratas y republicanos españoles; la de que la Europa respete nuestras fronteras, la de que el absolutismo huya ante nuestras banderas como un fantasma, y la de que imperen los hombres de honor y sentimientos humanos, al amparo de las ideas democráticas y del régimen republicano federal.

¿Les ha parecido bien á los federales el recuerdo? Pues sepan que estoy dispuesto á ametrallarlos con textos parecidos. Y tengo muchos á mano.

Han colocado la cuestión en mal terreno, pudiendo colocarla en el apropiado, diciendo:

«Castelar no puede traer la República que el pueblo quiere; pero aquí estamos nosotros con medios y alientos para implantarla.» Y que la monarquía sintiera el golpe antes que el amago.

De este modo nos pondríamos todos los republicanos al lado de los federales. Pero mientras no intenten nada, ni cuenten con nadie, ni preocupen siquiera á la monarquía, que nos dejen á los demás buscar la República por todos los medios, menos por los que dieron motivo á que en 1873 se aplicase al Sr. Pi el deshonroso calificativo de *El primer franco*.

Á EMILIO CASTELAR

INSIGNE REPÚBLICO:

No tanto por contribuir al desagravio de las más que soeces, necias injurias contra vos vertidas recientemente en las Cámaras nacionales, os dirigimos este mensaje: que no ha en verdad menester desagravios quien, además del derecho común, está asistido de los privilegios del genio para formular los juicios por que os han colmado de impropiedades los serviles aduladores de la Monarquía. Protestamos sin embargo con toda la energía de nuestras fuerzas de esas torpes agresiones, realizadas nada menos que en el seno de la Representación nacional, por quienes quieren desconocer, en obsequio de una inviolabilidad formal y aparente declarada en las leyes, la inviolabilidad esencial y efectiva grabada en la conciencia de los pueblos cultos respecto á los Elegidos.

Pero es que en los tristísimos momentos actuales, en que está consumándose un desastre verdaderamente apocalíptico para nuestra Nación, tal como no lo han soñado siquiera los más implacables enemigos é impenitentes detractores del régimen restaurado; cuando los horizontes del porvenir se ennegrecen, apareciendo la Patria envuelta en las tinieblas del caos, tememos los buenos hijos de España que sobre la pérdida de nuestra sangre, de nuestros intereses y de nuestro honor, sobrevenga la de la Libertad, vital principio de la existencia moral y social, conquistado mediante el sacrificio de innumerables víctimas, y afirmado y consolidado por los gigantescos esfuerzos de nuestros tribunales y legisladores, entre los cuales figuráis vos en lugar preeminente.

Si: de ese caos amenazador ha de surgir por ley inexorable y fatal de la vida, que las mismas teogonías revelan, la lucha entre el Bien, representado por la Libertad, y el Mal, significado por el Absolutismo. Las aves carniceras, que forman de éste las famélicas cuanto despiadadas legiones, apréstanse para desgarrar y devorar el organismo ingente de la Libertad querida. Y los luctuosos ojos de cuantos en ella adoramos y por ella vivimos, buscan con ansia á quien encomendar su égida protectora. Y en este horrible naufragio de los grandes prestigios, así individuales como colectivos, que los antagonismos personales ó las sistemáticas diferencias de doctrina ha ocasionado entre los mantenedores integérrimos de la Libertad, bajo la fórmula republicana ¿á quién acudir que no sea á nuestro Castelar, su más fervoroso apóstol, su defensor infatigable, su sacerdote supremo en el concepto de todos los pueblos libres?

Acabáis de decir que responderéis al llamamiento de la Patria tan pronto la Patria os requiera, para salvarla. Pues bien: la Patria os necesita, porque la Libertad peligra.

Es absolutamente indispensable que con la premura que las circunstancias demandan, os dispongáis á haceros cargo de sus destinos, poniéndoos al frente de una República, verdaderamente nacional. No queremos una República para los republicanos, sino una República para los españoles; y no circunscribimos la expresión á los españoles honrados, porque es preciso que sientan el peso del nuevo régimen los que nos han infamado é intenten infamarnos con sus egoísmos y sus concupiscencias: que el primer atributo que por razón de su finalidad ha de merecer esa República por vos dirigida, será el de justa.

Tenéis la confianza de los republicanos, curados de radicalismos en cuanto á su inmediata realización; tenéis la confianza de la mayoría del país, que sabe cómo la Agricultura, la Industria y el Comercio, la Ciencia y el Arte, la cultura material y moral, en suma, no se desarrollan y prosperan faltándoles el soplo vivificante de la Libertad, siempre fecunda en bienes; tenéis, en fin, la confianza de los pueblos ilustrados, en cuyos labios vibra con respeto, veneración y cariño el nombre de España al pronunciar vuestro nombre.

Corresponded á esa confianza omnimoda. Casino Republicano de la Coruña á doce de Junio

de mil ochocientos noventa y ocho —Ramón Perez Costales.—José Martínez Fontenla.—Alfredo Vilas.

La importancia del anterior documento está, no sólo en lo que dice, sino en la significación de las personas que lo firman. Una de ellas, el Sr. Perez Costales, es vicepresidente de la Junta Central de Fusión republicana.

No ha querido el Directorio dar por disuelta la Fusión, y se le va de entre las manos.

Ni previsión política, ni amor á la República, ni patriotismo tienen los que en estos momentos se obstinan en mantener fracciones que ni han hecho nada ni están en condiciones de hacerlo.

Afortunadamente el amor á la patria irá desquiciando esos organismos inútiles, que solamente han servido y sirven para satisfacer vanidades de egregios liliputienses.

UN CENTRO CARLISTA

Nakens había dicho al obispo de Madrid:

—Sé que eres carlista.

Los periódicos republicanos dijimos de su secretario, el Sr. Alcolea, que era un enemigo encubierto de la dinastía, alimentado neciamente por sus gobiernos.

Se ha creído siempre que esos *Círculos católicos obreros*, tan solícitamente cuidados por el obispo, organizados por el secretario y subvencionados por Comillas, Cubas y compañía, eran centros de conspiración carlista.

Era todo ello verdad.

Nadie ignora que esos círculos han hecho restaurar la Capilla del obispo situada en la plaza de la Paja, y allí han formado, á la sombra del templo, un centro de acción bajo la inofensiva apariencia de enseñanza y recreo, dirigido siempre por el melifluo Alcolea.

Pues hace poco tiempo, alguien que manda en ese centro dijo á la Junta carlista de Madrid:

—En el círculo de la plaza de la Paja hay dos mil hombres dispuestos... á todo: los hemos educado muy bien; les falta únicamente la disciplina militar. Nosotros hemos hecho lo que podíamos; hagan ustedes ahora lo que sea de su incumbencia.

La Junta comisionó á un exjefe carlista, que visitó el centro, contó en él hasta dos mil hombres y al verlos decididos, aunque notó en ellos, como soldado viejo, signos de la *ojalatería*, no tuvo más remedio que aceptarlos y rogó á los directores que le fueran enviando toda aquella gente á su casa por grupos de diez hombres.

El primer pelotón oyó lo que sigue:

—¿Ustedes están dispuestos á tomar las armas por don Carlos y á seguirme, y á todas las contingencias probables?

—Sí, señor.

—Mírenlo bien, porque se juega la vida; hay peligro de ser preso ó fusilado, de tener que abandonar mujeres é hijos y hacer por algún tiempo vida muy dura y...

—Le diré á usted, eso ya es otra cosa: porque la verdad es, que... uno es un pobre, y la familia no podría comer...

—Pues hay que jurar y luego firmar en este papel donde constan esas y otras condiciones de alistamiento.

—Entonces no podemos: si fuera cosa de pronunciarse en Madrid por unos días y traer así al rey...

El grupo desfiló sin firmar, cantando bajito. Lo mismo hizo el siguiente y el otro. Total, de dos mil, sólo se comprometieron... ¡¡¡siete!!!

Grande ha sido el fracaso, pero la intención ya estaba conocida.

Esto explica algo el afán de ese círculo por llevar á sus sesiones hombres conocidos y mimarlos mucho, como acaba de hacer con el capitán del *Montserrat*, y explica otras muchas cosas. Se caza con liga.

Hay en Madrid cinco párrocos carlistas, uno de ellos haciendo gran propaganda en los barrios bajos; hay un Torres Asensio en la Rota que trabaja por don Carlos allí y en el referido círculo; hay canónigos en la catedral, y jesuitas, y frailes, y monjas, beatas, conferencias y ciertas cofradías: toda esa gente se mueve, conspira, atisba, espera en Silvela; y el gobierno, sabiéndolo, ¿qué hace? Lo que Luis XV. «Después de mí, el diluvio.»

El País.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

SUPRESIÓN DE LOS JESUITAS

Conviniendo para la prosperidad y bien del Estado

que se restablezca en su fuerza y vigor la Pragmática sanción de 2 de Abril de 1767, que forma la ley tercera, título 26 libro 1.º de la Novísima Recopilación, en cuanto por ella tuvo á bien mi Augusto Bisabuelo el señor don Carlos III suprimir en toda la monarquía la Orden conocida con el nombre de *Compañía de Jesús*, ocupando sus temporalidades, oído el Consejo de Gobierno y el de Ministros, he venido en mandar, en nombre de mi excelsa hija la Reina doña Isabel II, lo que sigue:

1.º Se suprime perpétuamente en todo el territorio de la monarquía la *Compañía de Jesús* que se mandó restablecer por Real decreto de 29 de Mayo de 1815, quedando éste por consiguiente revocado y anulado, como lo había sido ya por las Cortes en 1820.

2.º Los individuos de la *Compañía* no podrán volver á reunirse en cuerpo ni en comunidad bajo ningún pretexto, debiendo fijar su residencia en los pueblos que elijan en la península, con aprobación del Gobierno, donde vivirán los que estén ordenados *in sacris* en clase de clérigos seculares, sujetos á los respectivos Ordinarios, sin usar el traje de su referida orden, ni tener relación ni dependencia alguna de los Superiores de la *Compañía* que existan fuera de España, y los que no estuvieran ordenados *in sacris* en clase de seglares sujetos á las justicias ordinarias.»

Los demás artículos se refieren á ocupación de temporalidades y su aplicación.

Firmado en Aranjuez á 4 de Julio de 1835.

(Gaceta del 7 Julio de 1835).

SUPRESIÓN DE CONVENTOS

Señora: La necesidad de saludables y prudentes reformas en el clero regular y secular ha sido reconocida hace largo tiempo por el Reino junto en Cortes, que no dejó de clamar constantemente porque se pusiera coto á los extravíos de un celo indiscreto y piedad mal entendida, que tantos perjuicios y males ocasionaron al Estado, y también por el suprimido Consejo y Cámara de Castilla, que frecuentemente elevaron su voz respetuosa ante el trono, proponiendo los remedios que estimaron convenientes para atajar las demasías del estado eclesiástico secular y regular, ocasionadas por el demasiado número de clérigos y conventos, con relajación de la disciplina regular, etc., etc.

(Gaceta del 29 de Julio de 1835).

Como consecuencia de este decreto, por el que se suprimían los monasterios que no tuvieran más de doce frailes, se suprimieron unos 900, á sea la mitad de los existentes en aquella fecha, (25 Julio 35) y la aplicación de las propiedades á la amortización de la Deuda del Estado.

UN ARTÍCULO DE LA Gaceta.

Es imposible ya poner en duda la cooperación mutua de la facción adicta al Pretendiente y los movimientos revolucionarios que actualmente agitan á la nación. Las hordas de los facciosos amenazaron invadir las Castillas en los mismos días que se preparaban los acontecimientos del 15 y del 16 de este mes en Madrid.

Nadie ignora que el 17 se oyeron gritos favorables á la causa de don Carlos.

El suceso de la capital era conocido de los facciosos y anunciado en todas las cartas que se les interceptaban: en ellas anunciaban su confianza en un triunfo cierto, porque creían segura la disolución del Gobierno.

Al mismo tiempo que en la provincia de Cataluña se verifica un movimiento revolucionario, se ve á un cuerpo considerable de facciosos abandonar sus posiciones favoritas de las montañas de Navarra, y atravesando por la falda del Pirineo de Aragón, dirigirse al Cinca para penetrar en aquel Principado.

Estas coincidencias prueban la cooperación de ambas facciones.

La época en que han estallado los movimientos revolucionarios es muy digna de notarse. El gobierno acababa de disolver la *Compañía de Jesús*; había reducido á la mitad el número de los conventos; se preparaba á expedir otros decretos importantes sobre el mismo asunto; trabajaba, en fin, una ley de libertad de imprenta.

Pues cuando el gobierno emprende la carrera de las reformas, aumenta las libertades públicas y prepara otras, es cuando los que se llaman amantes de la libertad, preparan y dirigen movimientos contra el Gobierno.....

«Después de escrito este artículo hemos recibido un documento que no debemos publicar: de él, sin embargo, sacamos el siguiente extracto:

«Los agentes del pretendiente en todos los puntos del reino han recibido una circular, en la que se les

previene que procuren por todos los medios posibles hacer que sus adictos en las capitales y pueblos grandes se introduzcan con los exaltados, y procuren extraviar la opinión pública, sin perdonar medio ninguno, por costosos que sean, á fin de impedir que el Gobierno pueda restablecer el orden.»

(Gaceta del 28 de Agosto de 1835).

DISCURSO DE OLÓZAGA

«Nuestros reyes faltaron á lo pactado con los árabes y se les obligó á recibir una religión que no creían y que le inspiraba horror.

Empezó la lucha, se ensañó y al fin acabó por arrojar de España á 300.000 familias, haciéndoles perder sus bienes, asesinando á sus individuos unas veces antes de salir, embarcándolos forzosamente otras y arrojándolos al mar; y cuando no sucedía esto y llegaban á Berbería, poniéndolos en el caso de que sufriesen otros castigos porque se les había bautizado y se les consideraba como cristianos.

Antes de consumarse tanta iniquidad, había nacido en Europa la Reforma religiosa.

Y no se crea que empezó aquí la Reforma por las clases bajas ó por los extranjeros, no: empezó por eminentes eclesiásticos, por hombres de alto nacimiento, á quien se persiguió de un modo horrible.

Fué el primero el padre Cazalla, y fueron después otros, el doctor Constantino, muchos nobles, conventos enteros de monjes y monjas, y hombres, en fin, de los más importantes, de los más grandes que tenía España.

El padre Cazalla fué condenado á las llamas de la Inquisición, y ya que se ha dicho que la Iglesia no perseguía y que era el brazo civil el que castigaba á los herejes, yo digo que la Inquisición no imprimía penas, pero que hacía jurar al rey, con la espada desnuda, que la pondría al servicio de la Inquisición y que extirparía con ella los herejes. Aquel padre Cazalla fué débil, temió las llamas y se reconcilió con la Iglesia. Esta, magnánima, consintió en que no se le quemara... hasta después de muerto.

¿Quién había de atreverse á abrazar la Reforma en España viendo el modo con que era recibida?

Así se comprende que legisladores como los de Cádiz pudieran decir que la religión católica, única verdadera, sería siempre la de España. Entonces se creyó esto indispensable para sostener la lucha de la independencia; y el señor Argüelles, que redactó aquel artículo, fué después perseguido como francmasón y hereje.

Esto prueba que no se debe hacer nunca cierto género de concesiones.»

(Sesión de las Constituyentes 6 de Mayo 1869.)

EL MEJOR CONDUCTO

Agonizaba un viejo comerciante, y sentado en su misma cabecera, con ansiedad febril, su hora postrera acechaba un frailuno mendicante.

«¡Oh, hermano!, prorrumpía; en este instante la Virgen sacratísima te espera y débesla el morir de esta manera fervorosa, cristiana, edificante.

Paga tanta merced y santo celo dejando alguna manda, buen hermano, para la augusta madre del Carmelo.»

Sonrió el traficante veterano, y dijo: «Si me espera allá en el cielo le entregaré la ofrenda en propia mano.»

LA MARMITA DE COMILLAS

Era la Traslántica el más seguro asilo de reaccionarios, el puerto de sus tempestades, el lugar sagrado en que acogerse, la humeante sopa conventual de nuestros días y el rastro en que hallaban comprador las conciencias en mal uso.

¿Cansábase un excéptico de la lucha por la existencia en el periodismo ó en los negocios? Pues carta y visita al P. Sanz ó al P. Garzón, nota de alguno de ellos al marqués, una retractación pública y un destino en la Traslántica, según la importancia del converso. La reacción tenía un siervo más.

¿Sentía el aguijón del hambre ó de la envidia un politiquillo cualquiera, militante en los partidos avanzados, ó quería vengar supuestos agravios de sus correligionarios y medrar y decirles: «ved lo que valgo?» Pues visita, carta, retractación y... á la olla grande. Otro reaccionario estomacal.

De este modo Comillas ha ido corrompiendo á muchísima gente. Dios se lo pague por el beneficio que ha hecho quitándonos de encima tanta genticilla venal y traidora, que vale más conocer al enemigo que

tenerlo en casa; pero el ejemplo es inmoral y ha hecho su efecto entre las mayorías ignorantes, efecto perjudicialísimo para las ideas liberales.

El hambre, además, es mala consejera; los partidos liberales de verdad son pobres. A más de uno y de diez de esos conversos nos hemos encontrado, y al ver que, aunque huían con rubor á nuestra presencia, les hemos dirigido amablemente la palabra, nos han dicho:

—Mire usted, yo soy siempre el mismo. ¿Yo neo? Antes moro; pero ¿qué iba á hacer con seis hijos á toda hora pidiendo pan? Me hacen confesar y comulgar y asistir á funciones; me meten por los ojos libros y periódicos asquerosos; todo inútil, y no puedo entrar por ahí; aguanto, a guanto... ¡ah! si esto cambiara...

Y es que las convicciones no se compran.

Los periodistas católicos tronados, los jesuitas de capa corta, los carlistas que con la paz se mueren de hambre, los neos que no tienen otro oficio, toda esa gente inútil, hipócrita, cruel, excéptica y parásita, plaga de la patria y de la religión y auxilio de todas las tiranías, disfruta su destitución en la Traslántica y en otra empresa afecta á Comillas; y la mayoría lo disfruta sin trabajar ni parecer por las oficinas más que el día de cobro, y aun si el agraciado es exgobernador, exjuez, político bullidor ó cosa parecida, recibe la paguita en su propio domicilio donde también espera órdenes.

Porque el marqués hace gobernadores, diputados, jueces, canónigos, según los necesita, y compra los que no ha hecho: el caso es tener en todas partes un auxiliar dispuesto á ser instrumento ciego.

Lo que no ha podido aún conseguir es un periódico enteramente suyo, y cuidado que ha hecho esfuerzos. Ya referiremos las intentonas frustradas de crear un diario católico y un semanario militar que corrompiera al Ejército, y también las obras ó instituciones oscurantistas que favorece largamente.

Calcule ahora el piadoso lector el pánico de toda esa chusma hambroña é inútil, al saber la baja de Comillas ¡y qué baja! inmensa, aterradora, creciente por minutos y á pesar de titánicos esfuerzos; el prólogo de una quiebra ruidosa y magníficamente monumental. ¡Pobres buhos! Consuélese con la alegría que sus llantos han de proporcionar á muchos que antes lloraron sin consuelo. Todo lo humano es inestable, hasta Comillas.

UN RETRATO

El más poderoso cerebro es un cerrojo, de puro bruto, comparado con esta hermosa figura de lengua barba y ancha calva reluciente.

Ha leído, estudiado y aprendido la *Summa Teológica*, ha fundido en ella su carácter, ha moldeado en ella su vida, y no está tonto ni loco. ¡No hay otro caso! En su prosapia ilustre no se puede buscar el origen de su temperamento, de sus costumbres, de su espíritu intransigente, de su espiritualismo brutalmente soberbio, de su rostro apocalíptico... Se sabe que es hijo de fulano eminente y sobrino de zutano insigne y hermano de perengano noble, pero la sangre de estos proceres no parece pertenecerle... Este hombre debió ser engendrado sobre una página de Santo Tomás, mugrienta y aceitosa por el resobeo de cien legiones de seminaristas... Aceptad, como si perduraran las fábulas del Olimpo, que es hijo de un silogismo escolástico y una apostilla platoniana trabados en milagrosa cópula, y le conoceréis por dentro como si su rostro, pálido siempre, se tornara cristal. La madre vencida puso sólo la labor gestatoria, y el hijo de aquel raro maridaje es un silogismo viviente, un párrafo del *Angel de las Escuelas* hecho hombre mortal y entregado á los vaivenes de la vida.

¡Sólo así puede ser como es!

El estudio de la Teología—según Santos Padres á quienes me guardaré bien de retratar—acerca el hombre á su Creador. Aquellos reverendísimos varones que tal decían no erraban á sabiendas, pero mintieron por efecto de un espejismo, pues el estudio de la Teología, tomado como oficio ó como ocupación diaria, coge á Dios, lo arrastra del cielo á la tierra y se lo mete á un filósofo cualquiera bajo las mortales y pecadoras narices, para que, teniéndole cerca le vea, le remire, le alce las divinas sayas y analice la naturaleza de su carne y la estructura de sus órganos, y nos diga cómo es óptimo, cómo es munífico, cómo su magnificencia lo llena todo y todo lo fecunda é ilumina.

Dios, visto á través del microscopio de la Teología debe parecer muy pequeño; un dios tuteable con el que podemos pasar un rato de *flirteo*; un dios que puede servir de rótulo á un club político y de tapadera á las urnas electorales.

Y así, teniendo á Dios en un puño, y contando co

él para decidir el éxito de las terrenales combinaciones, ¿quién no se siente soberbio, y quién será el emperador que acuse de soberbia á este hombre que lleva en el bolsillo de la irreprochable levita una póliza de seguro sobre la vida eterna?

Y, sin embargo, es soberbio, soberbio como Satanás; no como este desmedrado, viejo y caduco de ahora, sino como aquel que en el principio de los tiempos se vió hermoso, más hermoso que Dios, y le retó á desusado combate.

Tiene la voz fina, atiplada, chillona, no porque su laringe sea débil para engendrar notas graves y robustas, sino porque sus palabras parecen acero que se os clava en el corazón y os arranca la vida.

Las barbas, las luengas barbas canas que parecen vivas y que es lo más hermoso de su rostro y de su oratoria, que palpan y gimen y se desatan en furiosas tempestades como si un corazón se escondiera en ellas, no son suyas; son las barbas, las soberanas barbas de Jehová, arrancadas irrespetuosamente en un versículo mal traducido del Pentateuco.

Cuando hablando en el Congreso ó en el círculo, pasiones terrenas atizan la ira en su corazón y hacen manar en sus labios un raudal de palabras, abre y extiende los brazos, como si de ellos colgasen alas de ángel, alza el rostro al cielo, y si de pronto enmudeciera no parecería un luchador por apetitos desordenados, sino un anacoreta que extático oraba pidiendo misericordia.

Y en el Congreso y en el círculo y donde quiera que abre el grifo del abundante tonel de su oratoria, allá van mezclados los santos del Calendario con los alcaldes de su región, los obispos que le deben la mitra con los profesores que le deben la cátedra, y los empleados que le deben la credencial, y las monjitas tales y los hermanitos cuales que le deben el convento; porque este amigo particular de la Divina Providencia es Dios también, y como Dios hace que los predilectos de su corazón encuentren á la aurora el suelo cubierto de maná...

Y Dios—que á los profanos parece grande y á los teólogos muy pequeño—acaba respondiendo de todo y amparándolo todo.

Dios, para enterrar al jefe político muerto, y Dios para unirse á los que fueron sus enemigos; Dios, para llamar á sus paisanos á las elecciones, para arreglar el encasillado y para defender el acta inmoral llena de mentiras y protestas; Dios, para expulsar á los maestros de las escuelas y las aulas; Dios, para quemar libros y denunciar periódicos; Dios, para ser consejero y cobrar de poderosas compañías; Dios, para ser carlista, y Dios para no serlo...

¡Dios excusa, Dios argumento, Dios escalera!
¡Oh, los grandes hombres!

(Del folleto *Gente conocida*).

COMILLAS SIN PRENSA

Comillas soñó siempre con tener un periódico suyo. Lo quería católico, carlista, inquisitorial, perodisimulado é hipócrita, con apariencias de neutro é independiente y, es claro, de grande, inmensa circulación.

Con todo su dinero, no halló un director decente; los jesuitas no pudieron proporcionárselo, no lo había entre sus adeptos.

Entonces pensó en comprar un diario de los llamados grandes, y poco á poco, de liberal irlo convirtiéndolo en jesuitico: y tampoco pudo.

Como todos se disputaban los anuncios y bombos de la Trasatlántica, y la prensa católica hacía las mayores bajezas por obtener sus pingües subvenciones, el hombre creyó cosa fácil comprar un periódico, ¡había comprado tantos periodistas! Pero eran chirles, y ahora que necesitaba una redacción, ninguno valía para cosa de provecho.

Pensó en la prensa nea. Cabalmente *El Movimiento Católico* iba en baja abandonado por el P. Cos: su director, Valentín Gómez, no sabía cómo salir de él honrosamente. Comillas le propuso la compra por un destino de treinta mil reales en la consabida Trasatlántica. Así ganaba el director mucho, porque el capital representado por el periódico no rentaba tanto, y ganaba el marqués, no teniendo que desembolsar un céntimo. ¡Siempre comerciante!

Pero los redactores, no muy bien tratados ni pagados por don Valentín, olieron el pastel y propalaron la noticia en varios periódicos previendo lo que sucedió. Cubas, que había puesto cinco mil duros en *El Movimiento*, los pidió generosamente en uso de su derecho: Comillas no quiso darlos y todo se lo llevó la trampa.

Don Claudio renunció á su idea del gran periódico; pero no á la de otros más chicos. El semanario militar que hiciera cundir en el Ejército el virus carlista, le preocupaba. Recurrió al P. Sanz, quien le dijo que tenía un director, cierto periodista de úl-

tima fila, que acababa de convertirse con su cuenta y razón.

Empezaron las negociaciones; el futuro director presentó una muestra de lo que sabía hacer.

—¡Horror!—dijo el marqués, aunque no entiende de literatura;—tan malo es esto, que ni los quintos pican el anzuelo. Y no hallando otro director más listo, renunció también al proyecto... cuando el Ejército se había ya enterado y se preparaba á recibir el periodiquillo del modo que merecía.

Creemos que después ha pensado en uno para las criadas de servir, redactado por los Luises que escribieron *El Adalid*; pero ni aun para eso le sirve.

Derrotado, intenta acabar con la prensa independiente, causándole perjuicios en su circulación, ¡ahora que él empieza á decaer tanto!

¡Feliz anémico del cerebro! Este es, pues, el grande hombre, el político, el banquero, el regenerador, que ni con muchos millones ha sabido conseguir lo que cualquier politiquillo: un periódico; un periódico suyo.

COSILLAS

Hay que convenir en que los carlistas no se duermen.

Ahora han publicado un folleto, *El principio del fin*, en que presentan á su ídolo como la única solución para España. En él leo:

«Resulta doctrinario Salmerón, quimérico Pi, fatigado de la lucha Castelar, demasiado demagogo Nakens. ¿Qué fusión hay posible con elementos tan heterogéneos?»

Una: la que tenga por principio y por fin exterminar al carlismo, con sus cómplices y auxiliares, directos ó indirectos.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El cura y el boticario de la Higuera, junto á Aracena, han andado á cachetes dentro de la iglesia. ¿Qué sitio mejor?

Que me devuelvan el dinero por haberme engañado cantando el *Te Deum* en todas las iglesias por la pacificación de Filipinas.

Las cuentas claras y la imbecilidad que dure.

No se puede llegar ya á más en esto de la estupidez mística.

Un periódico de Valladolid ha escrito un artículo titulado *Lo que no tienen los yanquis*. ¿Y saben mis lectores lo que no tienen? La devoción á María Reparadora, por lo cual no pueden celebrar novenas y rogativas pidiéndole el triunfo de nuestras armas.

Escupo, y prosigo.

Si viviera aquel carca purpurado que se llamó Monescillo, sería cosa de preguntarle: «¿que le parece á usted de la situación del pueblo español sin pan, pero ahito de hojas de catecismo, las dos cosas que bastaban para hacerle feliz?»

Porque da pena ver la indigestión que han producido al pueblo español las tales hojitas: indigestión de apatía, indiferencia y cobardía.

Los frailes de Filipinas rehuyen por todos los medios posibles ceñirse la santa corona del martirio, y están preparando la maleta para abandonar á toda prisa el archipiélago que han explotado y comprometido y quizás perdido.

Cada vez estoy más encantado de la paciencia del pueblo español.

DISPAROS

Sigue Lerroux en la cárcel, y *El Progreso* denunciado á diario.

Así, así se vence á los yanquis.

Para formarse una idea de los horrores de que ha sido víctima España por parte de los gobiernos de la restauración, bastará decir que, estando todos convencidos de las tremendas responsabilidades que alcanzan al general Primo de Rivera por varios conceptos, ni en el Senado ni en el Congreso se han atrevido á acusarle como merecía, por temer todos lo que él puede decir de ellos.

Complicidades criminales que el pueblo debe hacer pagar cuanto pueda. Y si no, está completamente perdido.

Señores diputados republicanos:

A ver si hay uno entre ustedes que se atreva á pedir que el periodista Bo y Singla y cuantos se en-

cuentren presos por defender los principios autonomistas aplicados ya en Cuba y Puerto Rico, sean indultados de la pena que sufren.

El deber se lo pide y la justicia se lo ordena.

El Correo llama santa á la indisciplina del ejército, cuando al bien de la patria se encamina.

Opino como ese periódico monárquico y ministerial.

Hablando *El Noticiero Universal* de un libro publicado por un capuchino, dice:

«Este libro lleno de evangélica unción contiene un relato sacro y moral con una CARTA FIRMADA POR LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SU VIDA MORTAL, para aprender á luchar con fe y éxito seguro contra el liberalismo, racionalismo y demás errores.»

Con periódicos así, ¿adónde podemos ir? A la M.

¿Qué cuanto ha dado el Papa para la suscripción nacional española? Ni un céntimo.

El pobrecillo nos quiere mucho, pero anda tan mal de echavos, que sólo tiene en el Banco de Londres 1.000 millones de reales.

Los tahoneros continúan robando.

Felizmente no hay ninguno preso.

Esto se deja para los periodistas, únicos que van resultando criminales en este país.

El obispo de Manila, al ver que aquello se pone feo, ha tomado el olivo en un buque alemán.

Tampoco éste quiere ser martir de la fe de Cristo. Pero, señor ¡cuánta farsa y cuánto animal contribuyendo á ella!

Una irreverente chispa eléctrica ha causado desperfectos en la capilla de Santo Tomás (Valencia). Y la redacción de *El Morín*...

ADVERTENCIA

En la semana próxima se pondrán á la venta los folletos 40, 41 y 42 de *Los crímenes del carlismo*.

Y en todo lo que resta de mes el 43, 44 y 45, últimos de la colección.

CATECISMO DE MORAL

POR
CAZALLA

35 céntimos ejemplar y 6 pesetas paquete.
De venta en Valencia casa del autor, Murillo, 10, tercero. En Madrid en la administración de *El Morín*. Para los suscriptores de *El Morín* 25 céntimos ejemplar.

LA RELIGION
AL

ALCANCE DE TODOS

POR
R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de *El Morín*.

OBRA NUEVA

CRÍTICAS SOCIALES
RETRATOS

GENTE CONOCIDA

POR EL

Dr. Pedro Recio de Tirteafuera.

Precio: UNA PESETA

A los suscriptores de *El Morín* con el 25 por 100 de descuento.

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de *El Morín*.

M. Romero, impresor.—Tudescos, 34.